

# CARTAS DE SAN ANTONIO ABAD

## *CARTA PRIMERA*

Saludo a vuestra caridad en el Señor. Hermanos, juzgo que hay tres clases de personas entre aquellas a quienes llama el amor de Dios, hombres o mujeres. Algunos son llamados por la ley del amor depositada en su naturaleza y por la bondad original que forma parte de ésta en su primer estado y su primera creación. Cuando oyen la palabra de Dios no hay ninguna vacilación; la siguen prontamente. Así ocurrió con Abraham, el Patriarca. Dios vio que sabía amarlo, no a consecuencia de una enseñanza humana, sino siguiendo la ley natural inscrita en él, según la cual El mismo lo había modelado al principio. Y revelándose a él le dijo: "Sal de tu tierra y de tu parentela y ve a la tierra que Yo te mostraré" (Gen. 12,1). Sin vacilar, se fue impulsado por su vocación. Esto es un ejemplo para los principiantes: si sufren y buscan el temor de Dios en la paciencia y la tranquilidad reciben en herencia una conducta gloriosa porque son apremiados a seguir el amor del Señor. Tal es el primer tipo de vocación.

He aquí el segundo. Algunos oyen la Ley escrita, que da testimonio acerca de los sufrimientos y suplicios preparados para los impíos y de las promesas reservadas a quienes dan fruto en el temor de Dios. Estos testimonios despiertan en ellos el pensamiento y el deseo de obedecer a su vocación. David lo atestigua diciendo: "La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye al ignorante", etc. (Ps. 18,8). Así como en otros muchos pasajes que no tenemos intención de citar.

Y he aquí el tercer tipo de vocación. Algunos, cuando aún están en los comienzos, tienen el corazón duro y permanecen en las obras de pecado. Pero Dios, que es todo misericordia, trae sobre ellos pruebas para corregirlos hasta que se desanimen y, conmovidos, vuelvan a El. En adelante lo conocen y su corazón se convierte. También ellos obtienen el don de una conducta gloriosa como los que pertenecen a las dos categorías anteriores.

Estas son las tres formas de comenzar en la conversión, antes de llegar en ella a la gracia y la vocación de hijos de Dios.

Los hay que comienzan con todas sus fuerzas, dispuestos a despreciar todas las tribulaciones, a resistir y mantenerse en todos los combates que les aguardan y a triunfar en ellos. Creo que el Espíritu se adelanta a ellos para hacerles el combate ligero, y dulce la obra de su conversión. Les muestra los caminos de la ascesis, corporal e interior, cómo convertirse y permanecer en Dios, su Creador, que hace perfectas sus obras. Les enseña cómo hacer violencia, a la vez, al alma y al cuerpo para que ambos se purifiquen y juntos reciban la herencia. Primero se purifica el cuerpo por los ayunos y vigiliias prolongadas; y después el corazón mediante la vigilancia y la oración, así como por toda práctica que debilita el cuerpo y corta los deseos de la carne.

El Espíritu de conversión viene en ayuda del monje. El es quien lo pone a prueba por miedo a que el adversario no le haga desandar el camino. El Espíritu-director abre enseguida los ojos del alma para que también ella, junto con el cuerpo, se convierta y se purifique. Entonces el corazón, desde el interior, discierne cuáles son las necesidades del cuerpo y del alma. Porque el Espíritu instruye al corazón y se hace guía de los trabajos ascéticos para purificar por la gracia todas las necesidades del cuerpo y del alma. El Espíritu es quien discierne los frutos de la carne, sobreañadidos a cada miembro del cuerpo desde la perturbación original. Es también el Espíritu quien, según la palabra de Pablo, conduce los miembros del cuerpo a su rectitud primera: "Someto mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre" (I Cor. 9, 27); rectitud que fue la del tiempo en que el espíritu de Satán no tenía parte alguna en ellos y el cuerpo se hallaba bajo la atracción del corazón, instruido, a su vez, por el Espíritu. El Espíritu es, en fin, quien purifica el corazón del alimento, de la bebida, del sueño y, como ya he dicho, de toda moción e incluso de toda actividad o imaginación sexual, gracias al discernimiento llevado a cabo por un alma pura.

Yo señalaría tres clases de mociones violentas. La primera reside en el cuerpo, está inserta en su naturaleza, formada al mismo tiempo que él en el primer instante de su creación. Sin embargo, no puede ser puesta en movimiento sin que el alma lo quiera. De ella sólo se sabe esto: que está en el cuerpo. He aquí la segunda: cuando el hombre come y bebe con exceso sigue una efervescencia de la sangre que fomenta un combate en el cuerpo, cuyo movimiento natural es puesto en acción por la glotonería. Por eso dice el Apóstol: "No os emborrachéis con vino, en él está la liviandad" (Ef. 5,18). Del mismo modo, el Señor en el Evangelio prescribe a sus discípulos: "Que vuestros corazones no se emboten por la comida y bebida" (Lc. 21,34) o las delicias. Más que nadie, quien guarda el celibato debe repetirse: "Someto mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre" (I Cor. 9,27). En cuando a la tercera moción, proviene de los espíritus malos que nos tientan por envidia y buscan manchar a quienes se comprometen en el celibato.

Volvamos, hijos míos queridos, a cuanto se refiere más de cerca a estas tres clases de mociones. Quien permanece en la rectitud, persevera en el testimonio que el Espíritu da en lo más íntimo de su corazón y permanece vigilante, se purifica de esta triple enfermedad en su cuerpo y en su alma. Pero si no tiene en cuenta estas tres mociones, de las que da testimonio el Espíritu Santo, los espíritus malos invaden su corazón y siembran las pasiones en el movimiento natural del cuerpo. Lo turban y entablan con él un duro combate. El alma, enferma, se agota y se pregunta de dónde le vendrá el auxilio, hasta que se serene, se someta de nuevo al mandamiento del Espíritu y cure. Así aprende que sólo puede hallar su reposo en Dios, y que permanecer en El es su paz.

Esto, queridos, para indicaros cómo el cuerpo y el alma han de ir unidos en la obra de conversión y purificación. Si el corazón sale vencedor del combate, ora en el Espíritu y aleja del cuerpo las pasiones del alma que proceden de la propia voluntad. El Espíritu, que viene a dar testimonio de sus propios mandamientos, se convierte en el amigo de su corazón y le ayuda a guardarlos. Le enseña cómo curar las heridas del alma, cómo discernir, una tras otra, las pasiones naturalmente insertas en los miembros, de la cabeza a los pies, y también las que, procedentes del exterior, han sido mezcladas al cuerpo por

la voluntad propia.

Así es como el Espíritu conducirla mirada a la rectitud y pureza, y la retirará de cuanto le es extraño. El inclinar el oído sólo a palabras decorosas; y el oído, no cediendo al deseo de oír hablar de caída y debilidades humanas, pondrá su gozo en conocer el bien y la perseverancia de cada uno, y la gracia dada a las criaturas; cosas de las que estando enfermo, se había desinteresado hasta entonces.

El Espíritu enseñara la lengua a purificarse porque ella es la que puso al alma gravemente enferma. Por medio de la lengua expresa el alma la enfermedad que padece; incluso la atribuye a la lengua, pues ésta es su órgano. En efecto, por la lengua le han sido infligidas graves enfermedades y heridas; por la lengua ha sido herida. Lo atestigua el apóstol Santiago cuando dice: "Si alguien pretende conocer a Dios y no frena su lengua se engaña en su corazón, su culto es vano" (St. 1,26). En otro lugar afirma: "La lengua es un miembro pequeño, pero mancha todo el cuerpo" (3,5).

Cuando el corazón está, pues, fortificado con el poder que recibe del Espíritu, él mismo queda primero purificado, santificado, enderezado, y las palabras que confía a la lengua están exentas del deseo de agradar, así como de toda voluntad propia. En él se cumple lo que dice Salomón: "Mis palabras son de Dios; no hay en ellas dureza o perversión" (Prov. 8,8) y "la lengua del justo cura las heridas" (Prov. 12,18).

Viene después la curación de las manos, que en otro tiempo se movían de forma desordenada, a gusto de la voluntad propia. El Espíritu dará al corazón la pureza que conviene en el ejercicio de la limosna y la oración. Así se cumplirla palabra: "El alzar de mis manos es como una ofrenda de la tarde" (Ps. 140,2), y esta otra: "Las manos de los poderosos distribuyen riquezas" (Prov. 10,4).

Después de las manos el Espíritu purifica el vientre en cuanto a comida y bebida. David decía sobre esto: "Con el de ojos engreídos y corazón arrogante no comeré" (Ps. 100,5). Pero si el deseo y la gula en cuestión de comida y bebida toman preponderancia, y las voluntades propias que lo trabajan lo hacen insaciable, a todo esto vendrá a añadirse todavía la actividad del diablo. Al contrario, el Espíritu se hace cargo de quienes buscan una cantidad conforme a la pureza, y les señala una cantidad suficiente para sostener su cuerpo sin conocer el atractivo de la concupiscencia. Entonces se realiza en ellos la palabra de S. Pablo: "Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios" (I Cor. 10,31). Si los órganos genitales producen pensamientos de fornicación, el corazón, instruido por el Espíritu, discierne la triple moción de que he hablado antes. Gracias al Espíritu que le ayuda y fortifica, hélo aquí dueño de esas mociones. Las apaga con la fuerza del Espíritu, que da la paz al cuerpo entero, e interrumpe su curso. Como dijo Pablo: "Mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación, impureza, pasiones y malos deseos" (Col. 3,5).

A continuación, el Espíritu se entrega a la purificación de los pies, que antes no caminaban en la rectitud y perfección de Dios. Pero una vez colocados bajo el impulso del Espíritu, éste realiza su purificación y los hace caminar según su voluntad. Avanzan en la práctica de las buenas obras. Todo el cuerpo es así transformado, renovado, entregado al poder del Espíritu. Ese cuerpo, totalmente purificado, a mi modo de ver ya

ha recibido una parte del cuerpo espiritual que deberíamos recibir en el momento de la resurrección de los justos.

He hablado de las enfermedades del alma que se han infiltrado en los miembros naturales del cuerpo; las que lo hacen tambalearse y lo ponen en movimiento. Porque el alma sirve de lugar de paso a los espíritus malos que actúan en el cuerpo por medio de ella. He indicado también la existencia de otras pasiones que no vienen del cuerpo y que ahora tenemos que enumerar: a esas pasiones pertenecen los pensamientos de orgullo, la jactancia, la envidia, el odio, la cólera, el desprecio, la relajación y todas sus consecuencias.

Si alguien se entrega a Dios de todo corazón, Dios tiene piedad de él y le concede el Espíritu de conversión. Este Espíritu da testimonio ante él de cada uno de sus pecados para que ya no vuelva a caer en ellos. A continuación le revela los adversarios que se levantan ante él y le impiden librarse de ellos, luchando vigorosamente con él para que no persevere en su conversión. Si a pesar de todo conserva el ánimo y obedece al Espíritu, que le exhorta a convertirse, el Creador se apresurara tener piedad del trabajo de su conversión. Y viendo las aflicciones que impone a su cuerpo: oración incesante, ayunos, súplicas, estudio de la Palabra de Dios, alejamiento del mal, huida del mundo y de sus obras, humildad y pobreza de corazón, lágrimas y perseverancia en la vida monástica, - viendo, digo - su trabajo y su paciencia, el Dios de misericordia tendrá piedad de él y lo salvar .

## *CARTA SEGUNDA*

Hermanos muy queridos y venerados: Antonio os saluda en el Señor.

Sabemos que Dios no ha visitado a sus criaturas sólo una vez. Desde los orígenes del mundo, todos aquellos que han hallado en la Ley de la Alianza el camino hacia su Creador, han estado acompañados por su bondad, su gracia y su Espíritu. En cuanto a los seres espirituales a quienes esta Ley causó la muerte, tanto la del alma como la de los sentidos de su corazón, se hicieron incapaces de ejercitar su inteligencia según el estado de la creación original y, totalmente privados de razón, han sido exclavizados por la criatura en vez de servir al Creador.

Pero, en su gran bondad, Dios nos ha visitado por la Ley de la Alianza. En efecto, nuestra naturaleza permanecía inmortal. Y quienes han recibido la gracia y han sido fortalecidos por la Ley de la Alianza, a quienes ha iluminado la enseñanza del Espíritu Santo y se les ha dado el espíritu de filiación, han podido adorar a su Creador como es debido. De ellos dijo el apóstol Pablo: "Si no se han beneficiado plenamente de la promesa que les fue hecha, es por causa nuestra (Hb. 11,13-39).

En su amor incansable, el Creador de todas las cosas deseaba, no obstante, visitarnos en nuestras enfermedades y nuestra disipación: suscitó a Moisés, el Legislador, que nos dio la Ley escrita y echó los fundamentos de la Casa de verdad, la Iglesia Católica. Ella ha llevado a cabo la unión de todos, según el designio divino de conducirnos a nuestra condición primera.

Moisés emprendió su construcción, pero no la acabó; la dejó y se fue. Vino la asamblea de los Profetas suscitados por el Espíritu de Dios. También ellos continuaron la construcción sobre los cimientos de Moisés, sin poder acabarla. Así la dejaron y se fueron. Cada uno, revestido del Espíritu, constató que la llaga era incurable y que ninguna criatura podía curarla, excepto el Hijo Unico, fiel imagen del Padre, de Aquel que creó a esta imagen los seres dotados de inteligencia. El, el Salvador, es un médico prudente. Ellos lo sabían. Se reunieron, pues, y presentaron a Dios una oración unánime por los miembros de esta familia de la cual formamos parte: "¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay médico? ¿por qué no sube uno de ellos para curar a la hija de mi pueblo?" (Jer. 8,22). "Nosotros la hemos cuidado; no ha curado. Dejémosla y marchemos de aquí" (Jer. 51,9).

Entonces Dios, desbordante de amor, vino a nosotros diciendo por boca de sus santos: "Hijo de hombre, prepárate lo necesario para una cautividad" (Ez. 12,3). Y El, la imagen de Dios (II Cor. 4,4), no pensó en arrebatarse el rango que lo igualaba a Dios; al contrario, se anonadó y, tomando la condición de esclavo, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Así Dios le dio el Nombre sobre todo nombre, de suerte que al nombre de Jesucristo toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos y, en adelante, toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre (Fil. 2,6-11). Ahora, muy queridos hermanos, se ha realizado entre nosotros esta palabra: "Para salvarnos, el amor del Padre no perdonó a su Hijo Unico, sino que lo entregó por nuestra salvación, a causa de nuestros pecados (Rom. 8,32)". "El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados" (Is. 53,5). Su Verbo omnipotente nos ha reunido de todos los países, de un extremo a otro de la tierra y del universo, resucitando nuestras almas, perdonando nuestros pecados, enseñándonos que somos miembros unos de otros.

Os suplico, Hermanos, por el Nombre de nuestro Señor Jesucristo: penetraos bien de esta maravillosa Economía de la Salvación: Se ha hecho semejante a nosotros en todo, excepto en el pecado (Hb. 4,15). Todo ser dotado de inteligencia espiritual - por quien ha venido el Señor - debe tomar conciencia de su naturaleza propia, es decir, le es preciso conocerse a sí mismo y llevar a cabo el discernimiento del mal y del bien, si quiere encontrar la liberación cuando venga el Señor. Llevan ya el nombre de servidores de Dios, que han logrado su liberación por esta Economía de Salvación. Pero ahí no está el término supremo. Este no es sino la justicia de la hora presente, el camino hacia la adopción filial.

Jesús, nuestro Salvador, sabiendo bien que ellos habían recibido el Espíritu de filiación, y que lo conocían gracias a la enseñanza del Espíritu Santo, les decía: "Ya no os llamaré siervos, sino hermanos y amigos, porque os he dado a conocer y os he enseñado cuanto me ha enseñado mi Padre" (Jn. 15,15). Su espíritu se enardeció - en adelante se conocían con su naturaleza espiritual y gritaron: "Hasta ahora te conocíamos en tu cuerpo, pero ahora ya no es así" (II Cor. 5,16). Recibieron el Espíritu que hizo de ellos hijos adoptivos y proclamaron: "El Espíritu que hemos recibido ya no es un espíritu que hace esclavo y conduce a la tierra, sino un Espíritu de adopción por el cual gritamos ¡Abba, Padre! (Rom. 8,15). Señor, ahora lo sabemos: nos has dado el poder de ser hijos y herederos de Dios, coherederos de Cristo (Rom. 8, 17).

Pero sabed bien esto, hermanos queridísimos: el que haya descuidado su progreso espiritual y no haya consagrado todas sus fuerzas a esta obra, debe saber bien que la venida del Señor es para él día de su condenación. El Señor es para unos olor de muerte para muerte, y para otros, olor de vida para vida (II Cor. 2,16). Así es para ruina y resurrección de un gran número en Israel y para ser signo de contradicción (Lc. 2,34).

Os suplico, queridísimos, por el Nombre de Jesucristo, no descuidéis la obra de vuestra salvación. Que cada uno de vosotros rasgue, no su vestido, sino su corazón (Joel 2,13). Que no llevemos en vano este vestido exterior preparándonos así una condenación. En verdad, está próximo el tiempo en que aparezcan a plena luz las obras de cada uno.

Sería preciso volver sobre otros muchos puntos de detalle, pero está escrito: "Da consejos al sabio y se hará más sabio" (Prov. 9,9). Os saludo a todos en el Señor, del más pequeño al mayor (Hec. 8,10), y que el Dios de la paz sea, queridos hermanos, vuestro guardián. Amén.

### *CARTA TERCERA*

Antonio a sus queridos hijos. Sois hijos de Israel por nacimiento, y en vosotros saludo esta naturaleza espiritual. ¿Por qué nombraros con vuestros nombres terrestres y efímeros si sois hijos de Israel? Hijos: mi amor hacia vosotros no es de la tierra; es amor espiritual, según Dios.

No me canso de orar a mi Dios día y noche por vosotros: que os sea dado el tomar plena conciencia de la gracia que os ha hecho. No es la primera vez que Dios visita a sus criaturas; las conduce desde los orígenes del mundo y mantiene en vela a todas las generaciones mediante los acontecimientos de su gracia.

Hijos, no nos cansemos de gritar a Dios día y noche. Haced violencia a la ternura de Dios. Desde el cielo os enviara Aquel cuya enseñanza os dará a conocer lo que os es bueno.

Hijos, habitamos en la muerte. Nuestra morada es la celda de un prisionero. Los lazos de la muerte nos tienen encadenados.

No deis sueño a vuestros ojos ni reposo a vuestros párpados (Ps. 131,4). Ofreceos a Dios como víctimas puras y fijad en El vuestra mirada pues, según dice el apóstol, nadie puede contemplar a Dios si no es puro (Hb. 12,14).

Sí, hijos muy queridos en el Señor, que esto os quede muy claro: no olvidéis la práctica del bien. Esto es tranquilidad para los santos, fuente de alegría para los ángeles en el servicio que llevan a cabo con vosotros, alegría para el mismo Jesús cuando venga. Pues hasta ese día no han estado tranquilos respecto a nosotros. Y también para mí, hombre débil, que aún estoy en esta morada de barro, seréis la alegría de mi alma.

Hijos, es seguro que nuestra enfermedad y humillación causan dolor a los santos y les son motivo de llantos y gemidos que ofrecen por nosotros ante el Creador del universo. Por eso la cólera de Dios va contra nuestras obras malas. Pero nuestro progreso en la santidad provoca la alegría en la asamblea de los santos y los mueve a orar mucho ante nuestro Creador en el colmo de la dicha y el gozo. El también obtiene gran alegría por nuestras obras y por el testimonio que los santos le dan de ellas, y nos concede dones aún más importantes.

Pero sabedlo: Dios ama para siempre a sus criaturas que, inmortales por esencia, no desaparecen con el cuerpo. Esta naturaleza espiritual es la que El ha visto precipitarse en el abismo y allí encontrar la muerte perfecta y total. La Ley de la Alianza perdió su fuerza pero Dios, en su bondad, visitó a su criatura por Moisés. Moisés, que puso los cimientos de la Casa de verdad, quiso curar esta profunda herida y conducirnos a la comunión original. No lo logró, y se fue. Tras él vino la asamblea de los Profetas: se pusieron a construir sobre estos cimientos sin llegar a curar la profunda herida de los miembros de la familia humana; y reconocieron su impotencia. A su vez, la asamblea de los santos se reunió y su oración se elevó hacia el Creador: "¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay médico? ¿por qué no suben a curar a la hija de mi pueblo?"(Jer. 8,22). "Nosotros hemos cuidado a Babilonia y no ha curado ¡Dejémosla y vayámonos de aquí!" (Jer. 28. 9). Esta súplica que dirigían los santos a la bondad del Padre acerca de su Hijo Unico -pues ninguna criatura es capaz de curar la profunda herida del hombre; sólo El podía hacerlo viniendo a nosotros-, impresionó al Padre y dijo: "Hijo del hombre, prepárate lo necesario para una cautividad" (Ez. 12,3) y acepta tomar esta misión sobre ti. El Padre no ha perdonado a su Hijo Unico para lograr la salvación de todos nosotros, lo ha entregado por nuestros pecados (Rom. 8,32). "El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados" (Is. 53,5). Nos ha reunido de un extremo al otro del universo, ha resucitado nuestro espíritu de la tierra y nos ha enseñado que somos miembros unos de otros.

Cuidad, hijos, que no se cumpla en nosotros la palabra de Pablo: que tengamos "solamente la apariencia exterior de la obra de Dios, negando su poder" (Tito 1,16). ¡Que cada uno desgarré su corazón! (Joel 2,13). Que corran las lágrimas ante Dios y que todos digan: "¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?" (Ps. 115,12). Hijos, temo también que se nos aplique esta palabra: "¿Qué se gana con mi muerte si un día he de convertirme en podredumbre?" (Ps. 29,10).

Creedme, me dirijo a vosotros como a hombres sensatos (I Cor. 10,15). Comprended lo que os digo y declaro: si cada uno de vosotros no llega a odiar cuanto pertenece al orden de los bienes terrestres y a renunciar a ello de todo corazón, lo mismo que a cuantas actividades dependen de ellos, si después no llega a elevar las manos de su corazón al cielo, hacia el Padre de todos, no hay salvación para él. Pero si hacéis lo que acabo de decir, Dios tendrá piedad de vosotros por el trabajo que os tomáis. Os enviaré un fuego invisible que consumirá vuestras impurezas y devolverá a vuestro espíritu su pureza original. El Espíritu Santo habitare en nosotros. Jesús estará junto a nosotros y podremos adorar a Dios como es debido. Mientras queramos vivir en paz con las cosas del mundo seremos enemigos de Dios, de sus ángeles y de sus santos.

Os conjuro desde ahora, queridos míos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, para que no descuidéis vuestra salvación, y que esta vida tan corta no os sea causa de desdicha para la vida eterna; que el cuidado concedido a un cuerpo perecedero no oculte el Reino de la inefable luz; que el país donde sufrís vuestro destierro no os haga perder, en el día del juicio, el trono angélico que os está destinado. Sí, hijos, mi corazón se sorprende y mi alma se espanta: nos hundimos en el agua, estamos metidos en el placer como gentes ebrias de vino nuevo porque nos dejamos distraer por nuestros deseos, dejamos reinar en nosotros la voluntad propia y rechazamos dirigir nuestra mirada al cielo para buscar la gloria celeste y la obra de los santos y marchar en adelante tras sus huellas. Ahora, comprendámoslo: santos del cielo, ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, querubines, serafines, sol, luna, estrellas, patriarcas, profetas, apóstoles, el mismo diablo o Satán, los espíritus del mal o el soberano de los aires, en suma, todos, y los hombres y mujeres, pertenecen desde el día de su creación a un solo y mismo universo, en el cual, sólo deja de estar contenida la perfecta, bienaventurada Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La mala conducta de algunas de sus criaturas ha obligado a Dios a darles el nombre en relación con sus obras. Pero dar una mayor gloria a las que más hayan progresado.

#### *CARTA CUARTA*

Antonio a todos sus hermanos de la región de Arsinoé y sus alrededores, a cuantos se encuentran con ellos, salud en el Señor.

A todos vosotros, que os preparáis para acercaros al Señor, os saludo en El, hermanos muy queridos, pequeños y grandes, hombres y mujeres santos hijos de Israel según vuestra naturaleza espiritual. ¡Qué grande es, hijos míos, la dicha y la gracia concedida a vuestra generación! Por Aquel que os ha visitado, es muy conveniente que no cedáis a la fatiga del combate hasta la hora en que podáis ofrecer a Dios como víctimas puras; pureza sin la cual no hay herencia en el cielo. Sí, queridos hijos, es muy importante que os interroguéis acerca de la naturaleza espiritual, en que ya no hay hombre ni mujer, sino solamente la esencia inmortal que tiene comienzo y no tendrá fin. Es indispensable conocer la razón de su caída hasta este punto de abyección y vergüenza; nadie se ha librado de ella. Es preciso porque esta naturaleza siendo inmortal por esencia, no participar de la disolución de los cuerpos.

He aquí por qué, ante esta herida incurable y gravísima, Dios, por su clemencia, visitó a sus criaturas. Por su bondad, les dio la ley en el tiempo oportuno y, para entregársela, dispuso el ministerio de Moisés. Para ellos echó Moisés los cimientos de la Casa de verdad, con intención de curar esta profunda herida. Pero no le fue posible terminar su construcción. Se reunió toda la asamblea de los santos y reclamó de la bondad del Padre un Salvador que viniera a salvarnos a todos, pues nuestro Sacerdote soberano, eminente y fiel es el único médico capaz de curar nuestra profunda herida. Por voluntad del Padre se privó de su gloria: siendo Dios, tomó la forma de esclavo (Fil. 2,6-7) y se entregó por nuestros pecados. "El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados" (Is. 53,5).



Querría por tanto que estéis bien convencidos, queridos hijos míos en el Señor, de que por nuestra locura se ha vestido de la locura; por nuestra debilidad se ha vestido de la debilidad; por nuestra indigencia se ha vestido de la indigencia; por la muerte, que ha partir de entonces era nuestra, se ha vestido de mortalidad y por nosotros ha sufrido tanto.

En verdad, queridos en el Señor, no deis sueño a vuestros ojos ni reposo a vuestros párpados (Ps. 131,4) sino suplicad, violentad la bondad de Dios hasta que se incline a socorrernos y podamos prepararnos a consolar a Jesús cuando venga, y a dar su eficacia al ministerio de los santos, que suplen nuestra presente indigencia terrena, y determinarlos a ayudarnos con todo su poder en el día de nuestra tribulación; porque ese día se gozarán juntos el que siembra y el que siega.

Quiero que sepáis, hijos, la gran pena que siento por vosotros cuando veo la profunda ruina que a todos nos amenaza y considero esta solicitud de los santos para con nosotros y los gemidos y oraciones que por nosotros elevan constantemente hacia Dios, su Creador. No ignoran lo que nos ha hecho el diablo y los funestos proyectos que maquina junto con sus secuaces. Están constantemente preocupados por llevarnos a la perdición. El infierno será un día su herencia, y quieren aumentar el número de los condenados. Sí, queridísimos en el Señor, hablo a prudentes (I Cor. 10,15). Conoced con exactitud la Economía de la salvación que el Creador ha previsto para nosotros. Se nos manifiesta tanto por la acción secreta como por la proclamación pública de su Palabra. Nos llaman criaturas racionales y nos comportamos irracionalmente ya que ignoramos las múltiples maquinaciones del diablo. Su envidia hacia nosotros data del día en que se dio cuenta que intentábamos tomar conciencia de nuestra abyección y buscar los medios para huir las obras malas de que él es cómplice. Así rechazamos obedecer a sus malos consejos, sembrados en nosotros, y, en gran parte, nos hemos burlado de sus asechanzas. El demonio no ignora que el Creador nos ha perdonado, que Él es su muerte y que ha preparado la gehena como término de su rechazo.

Quiero que sepáis, hijos, que no ceso de rogar a Dios por vosotros día y noche: que abra los ojos de vuestro corazón para que percibáis los múltiples meficios secretos lanzados sobre nosotros cada día, en todo tiempo. Hago votos para que Dios os dé un corazón clarividente y un espíritu de discernimiento, a fin de que os presentéis ante Él como una víctima pura, sin mancha.

Sí, hijos, los demonios no dejan de manifestar su envidia hacia nosotros: designios malos, persecuciones solapadas, sutilezas malévolas, acciones depravadas; nos sugieren pensamientos de blasfemia; siembran infidelidades cotidianas en nuestros corazones; compartimos la ceguera de su propio corazón, sus ansiedades; hay además los desánimos cotidianos del nuestro, irritabilidad por todo, maldiciéndonos unos a otros, justificando nuestras propias acciones y condenando las de los demás. Son ellos quienes siembran estos pensamientos en nuestro corazón. Ellos quienes, cuando estamos solos nos inclinan a juzgar al prójimo, incluso si está lejos. Ellos quienes introducen en nuestro corazón el desprecio, hijo del orgullo. Ellos quienes nos comunican esa dureza de corazón, ese desprecio mutuo, ese desabrimiento recíproco, la frialdad en la palabra, las quejas perpetuas, la constante inclinación a acusar a los demás y nunca a sí mismo.

Decimos: es el prójimo la causa de nuestras penas; y, bajo apariencias sencillas, lo denigramos cuando sólo en nosotros, en nuestra casa, es donde se encuentra el ladrón. De ahí las disputas y divisiones entre nosotros, las riñas sin más objeto que hacer prevalecer nuestra opinión y darnos públicamente la razón. Son también ellos quienes nos hacen solícitos para llevar a cabo un esfuerzo que nos supera y, antes de tiempo, nos quitan las ganas de lo que nos convendría y nos sería muy provechoso.

Así nos hacen reír a la hora de llorar, y llorar en el momento de reír. En resumen: buscan obstinadamente desviarnos del recto camino utilizando otros muchos engaños para dominarnos. Pero esto basta de momento. Cuando nuestro corazón está saturado de cuanto acabo de decir y de ello hacemos nuestro pasto y subsistencia, Dios, tras larga indulgencia para con nuestra perversidad, vendrá por fin a visitarnos. Nos arrebatará el peso de este cuerpo. Para vergüenza nuestra, el mal que hasta este momento hayamos hecho se revelaren nuestro cuerpo, entregado al tormento, pero que un día revestiremos de nuevo por la bondad de Dios. Así nuestra situación final ser peor que la primera (Lc. 11,26). No ceséis, pues, de implorar la bondad del Padre para que su ayuda nos acompañe y nos muestre el mejor camino.

Con toda verdad os digo, hijos míos, la envoltura de nuestra morada presente es perdición para nosotros, casa donde reina la guerra. En verdad os digo, hijos míos, quien se haya deleitado en sus propios deseos y sometido a sus propios pensamientos, quien haya acogido de todo corazón esta semilla y buscado en ella su gozo, puesta en ella la esperanza de su corazón como si fuera un misterio grande y excelente, y se haya servido para justificar una vez más su conducta, su alma, como el aire estar habitada por los espíritus del mal. Le ser consejera funesta y hará de su cuerpo la copa de sus secretas abyecciones. Sobre este hombre tienen los demonios pleno poder, porque no ha querido poner a plena luz su ignominia.

¿Ignoraréis la variedad de sus trampas? Si no es así, ¡qué fácil es conocerlas y preservaros de ellas! Pero por más que mires no podrás percibir materialmente el pecado, la iniquidad que maquinan contra ti, pues ellos mismos no son visibles materialmente. Comprendedlo bien: nosotros les servimos de cuerpo cuando nuestra alma acoge su malicia. En efecto, por ese cuerpo, que es nuestro, es por donde el alma introduce en sí a los demonios. Así pues, hijos, cuidémonos de dejarlos pasar. De otro modo la cólera divina pesar sobre nosotros y vendrán a su nueva casa para reírse de nosotros, seguros de la eminencia de nuestra pérdida. No despreciéis mis palabras porque los demonios saben que nuestra vida depende de estos intercambios entre nosotros. Pues, ¿quién ha visto alguna vez a Dios? ¿quién ha encontrado en Él el gozo? ¿quién lo ha retenido junto a sí a fin de que le ayude en su peligrosa condición? Y, ¿quién ha visto jamás al diablo hacernos guerra, alejarnos del bien, atacarnos, estar físicamente aquí o allí, lo cual nos permitiría temerle y escapar de él? Es que se mantienen ocultos a nuestros ojos. Son nuestras acciones las que manifiestan su presencia.

Porque todos, en cuanto existen forman una sola y única naturaleza espiritual: por haberse separado de Dios han visto aparecer entre sí tales diferencias como consecuencia de sus distintas actividades. Por la misma razón les han sido dados tantos nombres distintos, según su particular actividad. Así unos han sido llamados arcángeles,

otros tronos o dominaciones, principados, potestades, querubines. Les fueron atribuidos estos nombres por su docilidad a la voluntad de su Creador.

En cuanto a los otros, por su mal comportamiento se les llamó mentirosos, Satán, así como otros demonios fueron llamados espíritus malos e impuros, espíritu de error, príncipes de este mundo y otras numerosas especies que hay entre ellos.

También entre los hombres que les resistieron a despecho del duro peso de este cuerpo, algunos recibieron el nombre de patriarcas, otros de profetas, de reyes, sacerdotes, jueces, apóstoles, y tantos otros nombres escogidos semejantes a estos, según su comportamiento santo. Estos diversos nombres les fueron atribuidos sin distinción de hombre o mujer, según la diversa naturaleza de sus obras: porque todos tienen el mismo origen.

Quien peca contra el prójimo, peca contra sí mismo; quien lo engaña, se engaña; y quien le hace bien, se lo hace a sí mismo. Por el contrario, ¿quién engañara Dios? ¿quién le dañar? ¿o quién le prestar un servicio? O incluso ¿quién le dar una bendición que juzgue necesaria? ¿Quién podrá jamás glorificar al Altísimo según su dignidad, exaltarlo según su medida?

Vestidos aún con el peso de este cuerpo despertemos a Dios en nosotros mismos respondiendo a su llamada, entreguémonos a la muerte para la salvación de nuestra alma y de todos. Así manifestaremos el origen de la misericordia de que somos objeto. No nos dejemos llevar del egoísmo si no queremos participar de la caída del demonio.

Quien se conoce a sí mismo conoce también a las demás criaturas que Dios ha creado de la nada, como está escrito: El, que ha creado todo de la nada (Sab. 1,14). Lo que los libros santos quieren decir con esto se refiere a la esencia espiritual, velada por la corrupción de nuestro cuerpo; que no existiendo desde un principio, un día se nos quitar. Quien sabe amarse a sí mismo ama también a los demás.

Queridos hijos, os suplico que os améis unos a otros sin cansancio ni hastío. Tomad el cuerpo de que estáis revestidos, haced de él un altar, poned sobre él vuestros pensamientos y, ante los ojos del Señor, abandonad todo designio malo, levantad hacia Dios las manos de vuestro corazón (Ps. 133,2) - es lo que hace el Espíritu cuando obra - y rogadle que os conceda ese hermoso fuego invisible que descender desde el cielo sobre vosotros y consumir el altar y sus ofrendas. Que los sacerdotes de Baal, el enemigo y sus malas obras, cojan miedo y huyan ante vosotros como ante el profeta Elías (I Re. 18,38-40). Entonces, por encima de las aguas veréis como las huellas de un hombre que os traerla lluvia espiritual, la consolación del Espíritu Paráclito.

Mis queridos hijos en el Señor, auténticos hijos de Israel, ¿qué necesidad tengo de invocar la bendición sobre vuestros nombres mortales, y de mencionarlos, si son efímeros? Ya sabéis que mi amor por vosotros no se dirige a vuestro ser mortal; es un amor espiritual, según Dios. Estoy convencido de esto: es grande vuestra dicha, que consiste en haber tomado conciencia de vuestra miseria y haber afirmado en vosotros esta esencia invisible que no pasa como el cuerpo. Pienso así porque esta dicha os ha sido concedida ya desde ahora.

Estad bien convencidos de que vuestro comienzo y adelantamiento en la obra de Dios no son tarea humana sino intervención del poder divino que no cesa de asistirlos. Tomad siempre a pecho el ofreceros como víctima a Dios (Rom. 12,1) y acoged con fervor la fuerza que os ayuda. Consolareis a Cristo Jesús en su Venida, y a toda la asamblea de los santos. Y también a mí, pobre hombre, que sigo retenido dentro de este cuerpo de barro, en medio de las tinieblas.

Si os insisto y si quiero daros esta alegría es porque todos somos criaturas de la misma invisible esencia, que tuvo comienzo pero no tendrá fin. Quien se conoce verdaderamente no tendrá duda alguna acerca de su esencia inmortal.

Quiero, pues, que tengáis un claro conocimiento de ello: Jesucristo nuestro Señor es el Verbo auténtico del Padre, a partir del cual fueron creadas todas las naturalezas espirituales, a imagen de la Imagen que es El, ya que El es la cabeza de toda la creación y del cuerpo que es la Iglesia.

Así pues, somos miembros unos de otros, y somos el cuerpo de Cristo (I Cor. 12,27). La cabeza no puede decir a los pies: no os necesito; y si sufre un miembro todo el cuerpo se resiente y sufre (I Cor. 12,21-26).

Por tanto un miembro separado del cuerpo, sin unión con la cabeza, que busca el placer en las pasiones corporales, está herido, por lo que hemos dicho, con una herida incurable. ha perdido de vista tanto su principio como su fin.

He aquí por qué el Padre de la creación tuvo piedad de esta herida que nos dañaba: ninguna criatura podía curarla, sólo podía hacerlo la bondad del Padre. Envió, pues, a su Hijo Unico el cual, viéndonos esclavos, tomó sobre sí la forma de esclavo (Fil. 2,7). El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados (Is. 53,5). Después nos ha reunido de todos los países para hacer que nuestro corazón resucite de la tierra y para enseñarnos que todos somos una sola y misma esencia, miembros unos de otros. Amémonos pues, profundamente unos a otros: en efecto, quien ama a su prójimo amara Dios, y quien ama a Dios se ama a sí mismo.

Tened también esto muy presente, queridos hijos míos en el Señor, santos hijos de Israel por vuestro nacimiento. Estad siempre dispuestos a acercaros al Señor para ofreceros a Dios como víctimas puras, con esta pureza que nadie puede heredar si no la practica desde aquí abajo. ¿Acaso ignoráis, queridos hijos, los funestos designios que sin cesar alimenta contra la verdad el enemigo de la virtud? Estad, pues, vigilantes, queridos hijos, no deis sueño a vuestros ojos ni reposo a vuestros párpados(Ps. 131,4), sino gritad día y noche a vuestro Creador para que venga de lo alto el socorro que proteger vuestro corazón y vuestros pensamientos y los establecer en Cristo.

En verdad, hijos, ocurre que habitamos la misma casa del ladrón y en ella estamos encadenados por los lazos de la muerte.

Sí, os lo digo, este estado de negligencia, de caída, de exclusión de la santidad, no sólo

causa nuestra perdición sino también el sufrimiento de los ángeles y santos de Cristo, pues aún no les hemos dado nunca motivo de paz. Sí, hijos, es verdad que este estado de caída en que estamos les causa tristeza y que, al contrario, nuestra salvación y nuestra entrada en la gloria les proporcionar n gozo y alegría.

Sabedlo: desde el día en que se puso en marcha la bondad del Padre no cesa de ayudarnos, hoy como ayer, a escapar de esta muerte que hemos merecido. Porque hemos sido creados libres, y los demonios nos acechan incesantemente. De ahí la palabra de la Escritura: "El ángel del Señor acampa en torno a sus fieles y los protege" (Ps. 33,8).

Ahora, hijos, quiero que sepáis que desde que El vino en ayuda nuestra hasta hoy, quienes se excluyen de la vida santa para seguir sus malos instintos son contados entre los hijos del diablo. Quienes lo son, lo saben bien. Por eso se preocupan tanto de que cada uno de nosotros haga su voluntad propia. Saben que si el diablo cayó del cielo fue por su orgullo; por eso atacan primero al que se eleva a un grado de eminente santidad, pues tienen habilidad para manejar el orgullo y la vanidad que se encuentran entre nosotros. No olvidan que gracias a esta arma nos separaron de Dios en otro tiempo.

Sabiendo también que el amor al prójimo es semejante al amor a Dios, los enemigos de la santidad arrojan en nuestro corazón una semilla de división y desean que entre nosotros se eleven sentimientos de odio profundo que ya no nos permita dirigir la palabra al prójimo, ni siquiera a distancia.

Y quiero que también sepáis, hijos, que hay algunos, y su número es grande, que se han tomado muchas fatigas durante toda su vida y que, por falta de discernimiento, lo han perdido todo. Sí, hijos, no os sorprendáis si por negligencia o por falta de discernimiento en vuestras acciones caéis peligrosamente, como pienso, hasta ponerlos al nivel del diablo por haber pensado con demasiada facilidad que gozabais de la amistad divina y si, en vez de la luz que esperabais, os alcanzan las tinieblas. Por eso Jesús tuvo tanto interés en que, ceñidos con una toalla lavéis los pies a vuestros inferiores (Jn. 13,4 y 5). Si El mismo nos dio ejemplo es para enseñarnos a no perder de vista nuestro primer origen. Porque el orgullo está en el origen del primer desorden, es lo primero que se vio aparecer. Por eso os es imposible poseer el Reino de Dios a menos que grabéis en vuestro corazón, en vuestro espíritu, en vuestra alma y hasta en vuestro cuerpo, una profunda humildad.

Puedo decir, hijos míos en el Señor, que noche y día ruego a mi Creador, por el Espíritu recibido en herencia, que abra los ojos de vuestro corazón para que comprendáis el amor que os tengo. Que se abran también los oídos de vuestro corazón para que toméis conciencia de vuestra miseria. Que quien tome conciencia de su vergüenza se ponga inmediatamente en busca de la gloria a que está llamado; que quien comprenda su muerte espiritual encuentre enseguida el gusto de la vida eterna.

Me dirijo a prudentes (I Cor. 10,15). De verdad, hijos, temo que durante el camino pueda atormentaros el hambre en un lugar en que hubierais debido hallar abundancia. He deseado ir junto a vosotros y veros con mis propios ojos, pero esperaré más bien el día, ya próximo, en que podremos encontrarnos juntos, cuando hayan pasado los

sufrimientos, tristezas y gemidos, y la alegría sea nuestra corona (Is. 35,10; Ap. 21,4). Quería deciros algo más pero, como dice el proverbio: "Da consejos al sabio y se hará más sabio" (Prov. 9,9).

Queridos hijos: os saludo a todos y a cada uno.

### *CARTA QUINTA*

Hijos, reconoced la liberalidad de nuestro Señor Jesucristo: de rico que era, se ha hecho pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza (II Cor. 8,9). Su esclavitud nos ha devuelto la libertad, su debilidad nos ha dado la fuerza, su locura nos ha enseñado la sabiduría. Pero esto no es todo: quiere también, por su muerte, procurarnos la resurrección. Tenemos razón para elevar la voz y decir: "Incluso si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no es así: porque en Cristo hay una creación nueva" (II Cor. 5, 16-17).

Os digo con verdad, queridos hijos en el Señor, que, si tuviera que detallar los mensajes de salvación que nos da, tendría mucho que decir; pero aún no ha llegado la hora. De momento me basta con saludaros, queridos hijos míos en el Señor, hijos de Israel, nacidos santos según vuestra naturaleza espiritual. A vosotros, que habéis deseado acercaros a vuestro Creador, os conviene buscar la salvación de vuestras almas en la Ley de la Alianza. Es verdad que, a consecuencia de nuestros innumerables pecados, de nuestras funestas rebeldías, de nuestras pasiones sensuales, se ha enfriado la Ley de la Promesa y se han embotado las facultades de nuestras almas. Por la muerte en que estamos precipitados se nos ha hecho imposible tener cuidado de nuestro verdadero título de gloria: nuestra naturaleza espiritual. Por eso se lee en las divinas Escrituras: "Como en Ad n todos los hombres morimos, en Cristo todos somos vivificados" (I Cor. 15,22).

Ahora es El la vida de toda inteligencia espiritual entre las criaturas hechas a imagen de la Imagen que es El mismo, pues es la auténtica inteligencia del Padre y su Imagen inmutable. Por el contrario, las criaturas hechas a su imagen tienen una naturaleza mudable. De ahí la desgracia que nos hirió, en la que todos hallamos la muerte y que nos hizo perder nuestra condición primera de naturaleza espiritual. Por esta misma razón, dejada nuestra primera naturaleza, adquirimos una morada de tinieblas en que por todas partes reina la guerra.

Nosotros mismos hemos dado testimonio de ello: no teníamos la menor noción de virtud. Pero Dios, nuestro Padre, contemplando nuestra debilidad, nuestra incapacidad para revestir nuestra verdadera naturaleza, quiso, por su bondad, visitar a sus criaturas mediante el ministerio de los santos.

Os suplico a todos en el Señor, queridos hijos, que os penetréis bien de cuanto os escribo porque mi amor hacia vosotros no se dirige sólo a vuestros cuerpos sino que es caridad espiritual, según Dios.

Volved vuestra alma hacia vuestro Creador y rasgad vuestro corazón en vez de vuestro

vestido (Joel, 2,13). Preguntaos qué podríamos devolver al Señor por todas sus gracias. El se acuerda siempre de nosotros por su gran bondad, por su indecible amor. Y aquí mismo, en la presente morada de nuestra miseria, no nos ha dado lo que merecían nuestros pecados. Su bondad es tan grande que ha querido que el mismo sol se ponga a nuestro servicio en esta casa de tinieblas, y también la luna y las estrellas para apoyo físico de un ser al que su propia debilidad condenaría a perecer. Sin hablar de sus otros poderes, ocultos, pero también a disposición nuestra sin que podamos verlos con los ojos corporales.

Así pues, ¿qué le devolveremos el día del juicio?; o, si preferís, ¿qué beneficio podemos imaginar que ya no nos haya concedido? Los Patriarcas, ¿no han sufrido por nosotros? ¿No nos han enseñado los Sacerdotes? ¿Acaso no combatían por nosotros los Jueces y Reyes?. ¿No mataron a los Profetas por nosotros?. Los Apóstoles, ¿no sufrieron persecución por nosotros? Y el Hijo predilecto, ¿no murió por nosotros?

Por nuestra parte dispongámonos ahora a ir hacia nuestro Creador por el camino de la pureza. Porque viendo que los santos, o más bien todas sus criaturas, no conseguían curar la profunda herida de sus propios miembros, y conociendo la imperfección de su espíritu, El, el Padre de las criaturas, les manifestó su misericordia, y por su gran amor no perdonó a su Hijo Unico, al cual entregó por nuestros pecados para salvación de todos (Rom. 8,32). "El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados" (Is. 53,5). Así su Verbo omnipotente nos ha reunido de todos los países para llevar a cabo la restauración de nuestro espíritu caído y enseñarnos que somos miembros unos de otros.

Así, ya que hemos vuelto a nuestro Creador, conviene que todos ejercitemos nuestra inteligencia y nuestro espíritu para conocer exactamente la naturaleza propia del bien y para saber discernir el mal, para conocer bien la Economía establecida por la venida de Jesús a este mundo, el cual se ha hecho semejante a nosotros en todo excepto en el pecado (Hb. 4,15).

Es verdad que a consecuencia de nuestra gran malicia, del desorden de nuestra vida, de las pesadas consecuencias de nuestra inestabilidad, la venida de Jesús fue para algunos un escándalo, para otros un beneficio (I Cor. 1,23), para algunos sabiduría y poder, para otros también resurrección y vida. Pero estad convencidos: su venida fue el juicio del mundo entero. Está escrito: "He aquí que vienen días - oráculo del Señor - en que todos me conocerán, pequeños y grandes, y no tendrán que enseñarse unos a otros diciendo 'conoced a Yahvé'" (Jer. 31,33-34) porque seré yo quien hará resonar mi Nombre hasta los confines de la tierra. Toda boca se cerrará y el mundo entero quedará bajo la soberanía de Dios (Rom. 3,19). No conocían a Dios, no le daban gloria como a su Creador (Rom. 1,21), a consecuencia de su locura que les impedía comprender su sabiduría. Y cada uno de nosotros se abandonaba a sus voluntades propias para cometer el mal y hacerse esclavo de él. Por eso también se despojó Jesús de su gloria tomando condición de siervo (Fil. 2,7) a fin de que su esclavitud fuera nuestra libertad. Entregados a la locura habíamos conocido toda clase de males; El se revistió con esta locura para que, hecha suya, fuera nuestra sabiduría. Habíamos caído en la miseria y la miseria nos había arrebatado toda fuerza; El abrazó la pobreza para colmarnos por ella de ciencia e

inteligencia. Y esto no fue todo: nuestra debilidad la hizo suya y su debilidad fue nuestra fuerza. Por su Padre quiso obedecer en todo hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2,8), para que ella fuera nuestra resurrección y su dueño, el diablo fuera aniquilado. Si esta liberación que nos ha traído su venida a este mundo llega a hacerse verdaderamente nuestra, nos hará un día discípulos de Jesús, por quien entraremos en la herencia divina.

A decir verdad, queridos hijos en el Señor, es grande mi inquietud y mi espíritu está turbado y agitado. Hemos tomado el hábito y llevamos el nombre de santos, título de gloria entre los incrédulos, pero temo que se cumpla en nosotros la palabra de Pablo: "Profesan seguir a Dios, mas con sus obras niegan su poder" (Tito 1,16; Rom. 2,20).

El amor que os tengo me hace suplicar a Dios que os lleve a reflexionar sobre la vida que lleváis y a considerar como herencia vuestra lo invisible. Sin duda, hijos míos, esto no supera nuestra naturaleza sino que, normalmente, la corona, incluso si debemos utilizar nuestras fuerzas en la búsqueda de Dios. Porque buscar a Dios, o servirle, sigue siendo siempre para el hombre una búsqueda natural. El pecado de que somos culpables es lo que está fuera y más allá de las condiciones normales de nuestra naturaleza.

Hijos queridísimos en el Señor, vosotros que habéis querido estar dispuestos a ofrecer a Dios como víctimas puras, no os hemos ocultado nada de cuanto puede seros útil. Atestiguamos, más bien, lo que nosotros mismos hemos visto (Jn. 3,11) porque los enemigos de la santidad piensan incesantemente en atacar a quienes de verdad la desean. Estad convencidos: el hombre carnal persigue siempre al espiritual (Gl. 4,29), y quien quiere vivir piadosamente la vida de Cristo sufrir persecución (II Tim. 2,12).

Por este mismo motivo, Jesús dirigía a sus apóstoles estas palabras confortadoras: "en este mundo tendréis muchas tribulaciones, pero no temáis: Yo he vencido al mundo" (Jn. 16,33). El sabía que a los apóstoles les esperan en este mundo inquietudes y pruebas. Pero su paciencia vencer el poder del enemigo, es decir, la idolatría. Les enseñaba también: "No temáis al mundo, sus males no tienen comparación con la gloria que os espera (Rom. 8,18). Si han perseguido a los profetas antes que a vosotros, también a vosotros os perseguirán; si a Mi me han odiado, también a vosotros os odian" (Jn. 15,20); pero no temáis porque vuestra paciencia vencer el poder del enemigo".

Entrar en los detalles del tema sería preparar un largo discurso, y está escrito: "da consejos al sabio y se hará más sabio" (Prov. 9,9). Pocas palabras bastan para consolarnos. Cuando el espíritu las ha aprendido ya no necesita de las palabras, con frecuencia de doble sentido, de nuestra boca.

Pido por la salvación de todos vosotros, queridos hijos en el Señor. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos vosotros (II Cor. 13,13). Amén.

### *CARTA QUINTA B*

Es grande mi alegría a causa de vosotros, hijos queridísimos, amados del Señor, verdaderos hijos de Israel, santos según vuestra naturaleza espiritual.



Lo primero que importa al hombre dotado de razón es conocerse a sí mismo; después conocer cuanto viene de Dios y todas las gracias que de El recibe incesantemente. Que sepa también que cuanto es pecado y merece reproche queda fuera de su naturaleza espiritual.

Nuestro Creador se dio cuenta de que cuanto estaba así fuera de nuestra naturaleza procedía del libre albedrío, y que también la muerte procede de él. Sus entrañas se conmovieron por nosotros

En su bondad, quiso conducirnos de nuevo a nuestro estado original, que jamás debió desaparecer. No se perdonó a sí mismo sino que visitó a sus criaturas para salvarlas a todas. Porque se entregó por nuestros pecados. "El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados" (Is. 53,5). Por su Verbo omnipotente nos ha reunido de todas las regiones, de un extremo al otro del universo, enseñándonos que éramos miembros unos de otros. Por esto, si el hombre dotado de razón quiere ser absuelto cuando venga el Señor, le es preciso examinarse y preguntarse qué podría devolver a Dios por todos los bienes que de El ha recibido.

También yo, el más miserable de todos, que estoy escribiendo esta carta despierto de mi sueño de muerte, he pasado la mayor parte de los días que me fueron concedidos en la tierra preguntándome, con lágrimas y gemidos, qué podría devolver al Señor por todo lo que me ha dado. Verdaderamente no hemos carecido de nada en cuanto El ha emprendido en favor de nuestra miseria. Nos ha dado ángeles como servidores; ha ordenado a sus propios profetas que nos instruyan con sus oráculos; ha mandado a sus apóstoles evangelizarnos. Más aún: ha pedido a su Hijo Unico que tome la condición de esclavo por nuestra causa.

Muy queridos míos en el Señor, a vosotros, coherederos de los santos, os suplico despertéis en vuestros corazones el temor de Dios. Os es preciso saber claramente que Juan, el Precursor, bautizó para remisión de los pecados por causa nuestra a fin de que después seamos santificados por el Espíritu en el bautismo de Cristo. Preparémonos, pues santamente y purifiquemos nuestro espíritu para estar puros y dispuestos a recibir el bautismo de Jesús y a ofrecernos como víctimas agradables a Dios. El Espíritu Consolador recibido en el bautismo nos conduce de nuevo a nuestro estado original. Nos hace entrar en nuestra heredad y aplicar de nuevo el oído a su enseñanza. Porque cuantos han sido bautizados en Cristo han sido revestidos de Cristo. Ya no hay hombre o mujer, esclavo o libre (Gl. 3,27). En el mismo momento en que, recibiendo su santa herencia, acogen la enseñanza del Espíritu Santo, les fallan sus recursos corporales: fallan la voz y la lengua y adoran al Padre como es debido, en espíritu y en verdad (Jn. 4,23).

Sabed también esto, queridos hermanos: no hay que esperar el juicio futuro cuando venga Jesús. Porque su primer Adviento ya ha traído el juicio para todos. Y sabed también que los justos y los santos, revestidos del Espíritu, oran sin cesar por nosotros para que sepamos someternos humildemente a Dios, a fin de recuperar nuestra gloria primera y tomar de nuevo el vestido que habíamos rechazado, el que corresponde a nuestra naturaleza espiritual.

Con frecuencia también, a quienes han sido revestidos del Espíritu se dirige una voz procedente del Padre y les dice: "Consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor; sacerdotes, hablad al corazón de Jerusalén" (Is. 40,1-2). Porque Dios viene siempre a visitar a sus criaturas y a dar prueba de su bondad para con ellas.

En verdad os digo, queridos hijos: está lejos de agotarse esta palabra de salvación y libertad por la que hemos sido librados (Gl. 5,1). Está escrito: "Da consejos al sabio y se hará más sabio" (Prov. 9,9).

Que el Dios de la paz os conceda la gracia y el espíritu de discernimiento para permitir os comprender bien cuanto os he escrito: son mandamientos del Señor. Y que el Dios de toda gracia os guarde en el camino de la santidad en el Señor hasta vuestro último suspiro. Ruego por la salvación de todos vosotros, queridos hijos en el Señor.

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos vosotros (II Cor. 13,13). Amén.

#### *CARTA SEXTA*

El hombre dotado de razón que se prepara a la liberación que le traerá la Venida del Señor, debe conocer lo que es, según su naturaleza espiritual. Porque si se conoce, conoce igualmente la Economía de la salvación llevada a cabo por el Creador y cuanto Él hace por sus criaturas.

Queridos hijos en el Señor, que sois como mis propios miembros y coherederos de los santos, os suplico por el Nombre de Jesucristo que obréis de tal modo que Dios os dé el espíritu de ciencia para discernir y comprender que el gran amor que os tengo no es caridad natural, sino espiritual, según Dios. ¿Tendré necesidad de escribir vuestros nombres terrestres, que son efímeros? El que sabe su verdadero nombre también conoce su sentido. He aquí por qué Jacob, en su combate nocturno con el ángel, no cambió de nombre en toda la noche. Pero al llegar el día, recibió el de Israel, que significa: "Espíritu-que-ve-a-Dios" (Gen. 32,24-28).

Creo que jamás habéis dudado que los enemigos de la santidad piensan sin cesar en alguna mala jugada contra la verdad. Por eso Dios no ha venido una sola vez a visitar a sus criaturas. Desde el comienzo, la Ley de la Alianza puso a muchos en camino hacia el Creador. Les enseñó a adorar a Dios como es debido. Pero la amplitud del mal, el peso del cuerpo, las malas pasiones, hicieron impotente la Ley de la Alianza e imperfectos los sentidos interiores. Imposible recobrar el estado de la primera creación. El alma, aunque inmortal y no sometida a la corrupción como el cuerpo, no llegó a liberarse por su propia justicia. He aquí por qué Dios, en su bondad, le hizo conocer, mediante la Ley escrita, el modo de adorar al Padre.

No olvidéis esto: Dios es uno. Igualmente toda naturaleza espiritual está fundada en la unidad. Donde no reina la unidad y la armonía, se prepara la guerra.

Constató el Creador que la llaga se estaba envenenando y que era preciso recurrir a un médico: Jesús, que ya había creado a los hombres, vino a curarlo. Sin embargo, envió

precursores delante de El. No vacilamos en afirmar que Moisés, por quien se dio la Ley, fue uno de esos profetas, y que el Espíritu que caminaba con él fue también el apoyo de toda la asamblea de los santos. Pero todos, en su oración, llamaban al Hijo Unico de Dios.

Juan es también de esos profetas. Por eso está escrito: "La Ley y los profetas llegan hasta Juan" (Lc. 16,16), y "El Reino de los cielos padece violencia y sólo los violentos lo arrebatan" (Mt. 11,12). Quienes habían sido revestidos del Espíritu comprendieron que nadie entre las criaturas podía curar esta profunda herida, sino la bondad del Padre: el Hijo Unico enviado para salvar al mundo. El es el gran médico que puede curarnos de esta profunda herida. Así pues, rogaron a Dios y a su bondad.

El Padre no perdonó a su Hijo Unico para salvarnos a todos; lo entregó por todos nosotros (Rom. 8,32). "El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados" (Is. 53,5). Por su Verbo omnipotente nos reunió de todos los países, de un extremo a otro de la tierra. Ha resucitado nuestro corazón de la tierra para enseñarnos que somos miembros unos de otros.

Os pido, queridos hijos en el Señor, que consideréis este escrito como un mandamiento del Señor. Es muy importante, en efecto, comprender bien el estado que Jesús abrazó por nosotros: "Se hizo semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado" (Hb. 4,15). A nosotros toca ahora trabajar por nuestra liberación, gracias a su Venida. Que su locura sea nuestra sabiduría, su pobreza nuestra riqueza, su debilidad nuestra fuerza. Que obre en nosotros su resurrección y derrote al que detentaba las llaves de la muerte. Entonces dejaremos de invocar a Jesús de forma demasiado exterior y material. Pues la Venida de Jesús nos invita a un servicio más alto en el día en que quedarán destruidas nuestras iniquidades. Entonces no dirá: "Ya no os llamo siervos, sino hermanos" (Jn 15,1). Una vez, pues, que ha sido dado el espíritu de filiación adoptiva a los apóstoles, el Espíritu Santo les enseña cómo adorar al Padre en verdad.

En cuanto a mí, pobre y maldito de Cristo, la edad a que he llegado me ha traído gozo y gemido de lágrimas. Porque muchos de nuestra generación han vestido el hábito de la obra de Dios sin conocer su poder (II Tim. 3,5). Me alegran quienes se han dispuesto y están preparados a su liberación, gracias a la Venida de Jesús. Pero otros, que pretenden llevar su existencia en el Nombre de Jesús y, de hecho, siguen su propia voluntad tanto en sus sentimientos como en sus actos, me hacen llorar. Aquellos a quienes el tiempo les parece siempre largo, que se han dejado desanimar, que han rechazado el hábito de la obra de Dios para colocarse a nivel de los animales, me hacen derramar muchas lágrimas. Es, pues, preciso que sepáis que estos serán severamente condenados cuando venga Jesús. Pero vosotros, queridos hijos en el Señor, comprended bien lo que sois para aprovechar vuestro tiempo, y preparaos a ofrecer como víctima agradable a Dios.

Sí, es verdad, queridos hijos en el Señor, os escribo esto como a quienes pueden comprender (I Cor. 10,15) porque sois capaces de tener incluso un conocimiento justo de vuestro estado. Y ya sabéis que quien se conoce a sí mismo conoce a Dios y la Economía de la salvación que prepara para sus criaturas.

Y sabed también que no es un amor puramente natural el que os tengo, sino un amor espiritual, según Dios, ese Dios que encuentra su gloria en la asamblea de los santos (Ps. 78,8). Preparaos, pues, porque aún tenemos intercesores que rueguen a Dios para que ponga en nuestro corazón ese fuego derramado en la tierra por Jesús (Lc. 12,49). Así ejercitaréis vuestro corazón y vuestros sentidos para discernir el bien del mal, la derecha de la izquierda, lo sólido de cuanto no lo es.

Sabía Jesús que la materia de que está hecho este mundo está en manos del diablo. Llamando a sus discípulos les dijo "No acumuléis tesoros sobre la tierra, no os inquietéis por el mañana, cada día tiene su afán" (Mt. 6,19 y 34).

Sí, queridos hijos, cuando los vientos se calman el piloto se distrae; pero si se alza un viento violento y contrario, muestra su competencia. A vosotros toca reconocer el tiempo al que hemos llegado.

Estas palabras de salvación requerirían una explicación más detallada, pero basta dar un poco al sabio para que se haga más sabio (Prov. 9,9).

Queridos hijos, os saludo a todos, del menor al mayor (Hc. 8,10). Amén.

### *CARTA SÉPTIMA*

Antonio os saluda, queridos hermanos en el Señor: el gozo sea con vosotros.

No me cansaré de recordaros, miembros de la Iglesia católica. Sabedlo: el amor que os tengo no es puramente natural, sino espiritual y según Dios. Porque en nosotros el amor simplemente natural es débil, inconstante, incesantemente abatido por vientos mudables.

Los que temen al Señor y guardan sus mandamientos son sus servidores. Tal servicio aún no es la perfección, pero es la justicia que, poco a poco, nos conduce al Espíritu de filiación. He aquí por qué los profetas, los apóstoles, las asambleas de los santos, los escogidos por Dios y a quienes se confió la predicación apostólica, todos por la bondad de Dios Padre, estaban unidos en Jesucristo. El apóstol Pablo dice, efectivamente: "Pablo, prisionero de Jesucristo, elegido para ser apóstol" (Rom. 1,1; Ef. 3,1). Que la Ley escrita os sea, pues, una ayuda en vuestro santo servicio hasta el día en que os sea dado dominar las pasiones y adquirir la perfección en el santo ejercicio de la virtud, gracias al don que también recibieron los apóstoles.

Cuando estemos a punto de recibir esta gracia nos dirá Jesús: "ya no os llamaré siervos sino amigos y hermanos porque os he dado a conocer cuanto me ha enseñado el Padre" (Jn. 15,1). En efecto, quienes se han acercado a la gracia han recibido de ella la enseñanza del Espíritu Santo, y han conocido su naturaleza espiritual. Ahora bien, este

conocimiento de ellos mismos les hace gritar y decir: "No hemos recibido un espíritu de servidumbre para vivir en el temor, sino el espíritu de adopción filial, que hace gritar ¡Abba!: ¡Padre!" (Rom. 8,15) para que reconozcan el don de Dios. Porque somos herederos de Dios y coherederos de los santos (Rom. 8,17).

Hermanos queridos, llamados a compartir la herencia de los santos, ahora estáis cerca de todas las virtudes. Todas os pertenecen, si no os cayereis en la vida carnal sino que permaneciereis transparentes ante Dios.

Ahora bien, el Espíritu de Dios no entra en relación con un alma entregada al mal, no establecer su morada en un cuerpo herido por el pecado. Es un poder santo, que sortea las asechanzas del mal (Sab. 1,4-5).

Queridos hijos, escribo a personas capaces de comprenderme, capaces de conocerse a sí mismas. Ahora bien, quien se conoce, conoce a Dios; y quien lo conoce debe adorarlo como merece.

Sí, queridos hijos en el Señor, conoceos a vosotros mismos porque quienes se conocen, conocen el tiempo en que viven y, conociéndolo, pueden mantenerse, sin dejarse impresionar por las doctrinas que corren.

Respecto a Arrio, aparecido en Alejandría para decir cosas contrarias a nuestra fe acerca del Hijo Unico de Dios, atribuyendo tiempo a Aquel que está fuera del tiempo, límite a quien, al contrario de las criaturas, no tiene límite y movimiento a un Ser inmutable, sólo diré esto: si el hombre ofende al hombre, los hombres rogarán a Dios por él; pero si ofende a Dios ¿quienes rogará por él? (I Sam. 2,25). Este hombre ha querido hacer demasiado por sus propias fuerzas y el mal que así ha contraído no tiene remedio. Si hubiera tenido el conocimiento propio de que hablo, su lengua no hubiera dicho lo que ignora. Tras lo que ha ocurrido, está claro que no se conocía a sí mismo.

### *CARTA A TEODORO*

Antonio a Teodoro, su hijo querido: gozo en el Señor. Sabía que el Señor no haría nada sin revelar su sentido a sus servidores, los profetas. No me parecía, pues, necesario indicarte lo que el Señor me ha revelado hace ya tiempo. Pero acabo de ver a tus hermanos, con Teófilo y Copres, y Dios me ordena escribirte lo siguiente:

Muchos de los que adoran a Cristo en verdad, y esto no puede decirse que en todo el mundo, han caído en el pecado después de su bautismo. Pero han llorado y se han arrepentido, y Dios ha acogido sus lágrimas y su arrepentimiento. Hasta el día en que te envió esta carta ha borrado los pecados de quienes así se han portado. Léela a tus hermanos para que se alegren al escucharla.

Saluda a los hermanos. También te saludan los hermanos de aquí. Pido para que obres bien en el Señor.

